

trás de él á Fenelon. El cuadro que Saint-Simon, el lince de la corte, traza de la muerte del delphin, padre del duque de Borgoña, hace penetrar la luz hasta en los corazones mas tenebrosos. Nunca rasgó tan airadamente su pluma el velo del interés, del egoísmo, de las lágrimas fingidas, de la alegría secreta, de las esperanzas que del Poniente habian ido á Levante, de la tumba al trono.

Mientras que reinaba el horror en Meudon, todo estaba tranquilo en Versalles, sin tener ninguna sospecha de lo que sucedia en aquel sitio. Habiamos ya cenado; habiase retirado todo el mundo hacia algunas horas; yo conversaba con Mad. de Saint-Simon, que se iba á acostar, cuando un ayuda de cámara de la duquesa de Berry entró muy asustado, diciendo que se habian recibido malas noticias de Meudon. Fui al momento á casa de la duquesa de Berry; pero ya no habia nadie, todos se habian ido á casa de la duquesa de Borgoña, á donde me dirigí corriendo.

Allí encontré reuniéndose á todo Versalles; las mugeres á medio vestir, la mayor parte dispuestas á acostarse, las puertas abiertas y todo en confusion. Supe que Monseñor habia recibido la Extremauncion, que habia perdido el conocimiento, que no habia esperanza alguna de salvarlo, y que el rey habia dicho á la duquesa de Borgoña que iba á salir para Marly, y que fuese á esperarle en la avenida de las caballerizas para verla al pasar.

Consagré toda mi atencion á lo que pasaba delante de mí. Los dos principes y las dos princesas estaban en el gabinetito que hay detrás de la cama. Acostumbraban á ponerse la ropa de cama en el cuarto de la duquesa de Borgoña, lleno en aquel momento de confusion. La duquesa iba y venia del gabinetito al cuarto, mientras llegaba el momento de ir á ver al rey, y su semblante, gracioso siempre, espresaba en aquel momento el dolor y la compasion que todos procuraban espresar. Las fisonomias de los concurrentes todas espresaban algo, y con solo tener ojos, sin necesidad de conocer la corte, podian conocerse los intereses pintados en los rostros, ó la indiferencia de los que nada esperaban. Estos tranquilos, aquellos penetrados de dolor, ó bien graves y atentos á sí mismos, para no dejar escapar sus esperanzas ó alegría.

Mi primer cuidado fué informarme de lo que pasaba mas de una vez, y apenas queria creer en lo que veia ni en lo que escuchaba; después creí que no habria motivo para tanta alarma; por último me fijé en mí mismo, considerando la miseria comun á todos los hombres, y que llegaria un dia en que yo me encontraría á mi vez á las puertas de la muerte. Sin embargo, la alegría se mezclaba algun tanto con estas reflexiones momentáneas de religion y de humanidad con que procuraba reponerme. Mi libertad particular me parecia

tan grande é inesperaba, que se me figuraba con evidencia mayor que la verdad misma, que el Estado ganaba todo cuanto habia menester con tal pérdida. Entre estos pensamientos tenia á pesar mio un resto de temor por si el enfermo se salvaba, y esto me causaba gran vergüenza.

Absorto de esta manera en mí mismo, no hacia mas que mandar continuos recados á Mad. de Saint-Simon aconsejándola que viniese, dirigir miradas clandestinas á los rostros, figuras y movimientos, saciar mi curiosidad, fortalecer el juicio que cada personaje tenia (en el cual me habia engañado poco), y por último, sacar conjeturas ciertas de la verdad de estos movimientos espontáneos, tan difíciles de dominar por lo que son, para el que conozca algo los hombres, inducciones seguras de los pensamientos y esperanzas mas ocultas en otras ocasiones.

Vi llegar á Mad. la duquesa de Orleans, venyo magestuoso y arreglado continente no espresaba nada; algunos momentos después pasó el duque de Borgoña con aire triste y acongojado; pero á la primera mirada que le dirigí vivamente, no descubrí nada que indicase la ternura, y si solo la reflexion profunda de un ánimo ocupado.

Las mugeres y los ayudas de cámara hablaban ya indiscretamente, y su dolor probaba lo que aquella gente iba á perder. Hacia media noche se tuvieron noticias del rey, y al poco rato vi salir á la duquesa de Borgoña del gabinetito con el duque, que entonces llevaba el rostro mas afligido que la primera vez, y que volvió á entrar inmediatamente en el gabinetito. La princesa unió á sus adonados su chal y su cofia, y en seguida atravesó la cámara con aire resuelto; tenia los ojos un tanto humedecidos, pero se vendía á sí misma al echar al descuido miradas á una y otra parte; seguia sus damas y se dirigió al coche por la escalera principal.

Después que salió de su cuarto tuve tiempo de ir á casa de la duquesa de Orleans, á quien tenia vivísimos deseos de ver. Al entrar en su casa supe que se hallaba en la de Madama, y me dirigí allí por sus habitaciones. En casa de esta encontré á la duquesa de Orleans con cinco ó seis damas familiares. No queria yo, sin embargo, tanta compañía, y la duquesa de Orleans, que no debia encontrarse menos importunada, tomó una bugia y se retiró á otra habitacion. Entonces fui á decir una palabra al oido á la duquesa de Villeroy; los dos pensábamos sobre aquel suceso de la misma manera, y me rechazó diciéndome por lo bajo que me contuviese. Cansábame ya de guardar silencio entre los ayes y lástimas de aquellas damas, cuando el duque de Orleans apareció á la puerta de su gabinetito y me llamó.

Bajé á su habitacion, que estaba en la galería; él aparentaba no hallarse muy bien, y

á mí me temblaban las piernas al ver lo que pasaba, tanto á mis ojos como en mi interior. Sentámonos por casualidad uno enfrente de otro; pero ¡cuál no seria mi sorpresa cuando al poco rato vi correr sus lágrimas! Señor, le dije levantándome, admirado. Comprendíome al instante y me respondí con voz entrecortada y llorando verdaderamente:—Razon tenéis al sorprenderos: yo mismo me sorprendo, pero no puedo menos de enternecerme, porque era un hombre de bien con el cual he pasado mi vida; siempre me ha tratado bien y con amistad en aquello que se le ha permitido hacer y tratar por sí mismo. Bien conozco que la tristeza no puede ser larga: dentro de pocos dias encontraré muchos motivos para consolarme, hallándome en el estado en que se me habia puesto con él; pero ahora la sangre, la proximidad de parentesco, la humanidad, todo se junta para entristecerme y conmover mi corazón. Alabé este sentimiento, y el principe se levantó, y ocultando el rostro lloró y suspiró amargamente: cosa que á no haberla visto jamás la hubiera creído. Le aconsejé que se sosegara, y estándole diciendo algunas palabras sobre esto, le avisaron de que llegaba la duquesa de Borgoña: salió á recibirla y yo le seguí.

La duquesa de Borgoña, que se habia parado entre la alameda de las caballerizas, no tuvo que esperar al rey mucho tiempo, y cuando le vió llegar bajó del carruaje y corrió á la portezuela. Mad. de Maintenon, que iba á aquel lado, le dijo: ¿á dónde vais, señora? No os aproximéis, que venimos apesadados. No he podido saber el movimiento que entonces hizo el rey, que no la abrazó á causa de los malos miasmas que traia. La princesa subió otra vez al instante á su carruaje y volvió á palacio.

A su vuelta encontré á los dos principes y á la duquesa de Berry con el duque de Beauvilliers á quien habia mandado llamar. Los dos principes teniendo cada uno á su lado su princesa, estaban sentados en un mismo canapé junto á las ventanas, y de espaldas á la galería; los concurrentes están esparcidos, sentados ó de pie y en confusion por la sala, y las damas mas allegadas en el suelo á los pies ó cerca del canapé de los principes.

En la cámara y en todo el aposento lefase claramente en las fisonomias, Monseñor habia muerto; la noticia se sabia y publicaba sin ningun rebozo, y como por lo que á él tocaba ningun temor podia tenerse, aquellos momentos eran los de los primeros movimientos pintados al natural y por entonces despojados de toda política, aunque con algun estudio por la turbacion, la agitacion, la sorpresa y el espectáculo confuso de aquella noche.

En las primeras piezas gemian los criados; mas adelante comenzaba la multitud de cortesanos de todas clases. El mayor número es decir, el de los tontos, sacaban suspiros

de los talones, y con ojos estraviados y entujutos alababan á Monseñor siempre con la misma alabanza, es decir, con la bondad, y compadecian al rey por la pérdida de tan buen hijo. Los mas sagaces ó de mas consideracion, se empezaban á inquietar por la salud del rey, y por la frecuencia con que repetian estas palabras se conocia la importancia que daban á su prevision. Otros verdaderamente afligidos porque perdian algo, lloraban amargamente ó se contenian haciendo esfuerzos para ello, que se notaban tanto como los suspiros. Entre estas diversas clases de afligidos, nada se decia ni hablaba, y solo se oia alguna exclamacion de dolor que se escapaba y que á veces era correspondida por otra exclamacion del mismo género que soltaba algun otro; en todo un cuarto de hora solia oirse alguna palabra y de continuo se veian ojos tristes ó asustados, ademanes menos ridiculos que involuntarios, y por lo demas inmovilidad absoluta. Los curiosos y los que nada les importaba aquello, á escepcion de los tontos, eran los que hablaban, hacian preguntas y aumentaban la desesperacion de los demas importunándolos. Los que miraban el acontecimiento como favorable se esforzaban en vano por llevar la gravedad hasta parecer tristes, porque por el contrario su continente no era otra cosa mas que un velo claro que no impedia á los buenos ojos distinguir todas las facciones; estaban estos mas tenaces en su dolor que los mas entristecidos, y sus ojos llenaban la falta de agitacion de sus cuerpos. Los cambios continuos de posicion como personas que no están bien en su sitio, cierto cuidado en evitar unos las miradas de los otros; las peripecias que resultaban de los encuentros; una especie de libertad mayor que la acostumbrada, no obstante el esmero que ponian en componerse; y en fin, cierta especie de brillo que los rodeaba los distinguian de todos los demas por muy sobre sí que estuviesen.

Los dos principes y las dos princesas sentados unos al lado de los otros y absortos en sí mismos, eran los que mas espuestos estaban á la atencion general. El duque de Borgoña lloraba tiernamente, de buena fé y con aire de dulzura, lágrimas naturales, de religion y de paciencia; el duque de Berry tambien de buena fé, lloraba en abundancia, pero lágrimas sangrientas por decirlo así, tan grande parecia su amargura; y daba no ya suspiros sino gritos y alaridos, en términos que hubo que desnudarlo allí mismo y que ir á buscar médicos y medicinas. La duquesa de Berry estaba fuera de sí; la mas amarga desesperacion se veia escrita en su rostro donde se pintaba el dolor no amistoso sino interesado. Distraida á menudo por los ayes de su esposo, le atendia, le socorria y cuidaba esmeradamente, pero á pocos momentos volvía á ensimismarse profundamente. La duquesa

de Borgoña consolaba también á su esposo, pero había en ella menos dolor que ganas de ser consolada; echaba alguna que otra lágrima que conservada cuidadosamente proporcionaba ocasión al pañuelo para enrojecer é hinchar los ojos y ensuciar el rostro; pero á pesar de esto no dejaba de dirigir disimuladamente miradas á la concurrencia.»

Al lado de estos estaba de pie el duque de Beauvilliers tranquilo y sereno, disponiendo lo que le parecía oportuno para el alivio de los príncipes.

«Madama vestida con todo lujo, llegó dando alaridos sin saber ni vestirse ni gritar, inundó á todos en sus lágrimas, les abrazó, hizo que los gritos resonasen de nuevo en el palacio y proporcionó el raro espectáculo de una princesa que se viste á media noche de toda ceremonia para ir á llorar y gritar entre una porción de mugeres á medio vestir y casi como en mascarada.

«La duquesa de Orleans y algunas de sus damas entristecidas, se retiraron á un gabinete por no ver aquel espectáculo. En él estaban cuando yo llegué.

«Quería yo dudar todavía, aunque todo me decía lo que había sucedido, y no pude resolverme á creer hasta que me lo dijese un sujeto digno de fé. Encontré por casualidad á Mr. d'O á quien pregunté lo que había y me lo contó sencillamente. Cuando lo supe procuré aparecer desasosegado; no sé que tal lo hice, lo único que puedo decir es, que ni la alegría, ni la tristeza, embotaron mi curiosidad y que tomando una actitud modesta, no me creí obligado á hacer el papel de dolorido. Ya no temía la vuelta del difunto de la ciudadela de Mendon, ni las crueles escursiones de su terrible guarnición, y me dediqué, con mas asiduidad que antes que el rey pasase para Marly, á contemplar con mas libertad toda aquella numerosa reunión, á dirigir la vista á los mas tristes y á los que estaban menos, á seguir á unos y á otros con mis miradas y por último á conocerlos disimuladamente á todos. Preciso es confesar que para el que conoce el terreno de la corte las primeras escenas de los acontecimientos raros de esta naturaleza, bajo todos conceptos tan interesantes, son en extremo satisfactorias; porque cada fisonomía le recuerda á uno los trabajos, intrigas y sudores empleados para aumentar la fortuna y para forjar y fortificar los complots; las sutilezas para mantenerse en un puesto y echar de él á los demas, y los medios puestos en juego para esto; las amistades mas ó menos anticipadas, el apartamiento, la frialdad, los odios, las malas artes, las maquinaciones, los manejos, pequeñeces y bajezas de cada uno; el desconcierto de unos á la mitad de su carrera, ó bien cuando llegan al colmo de sus esperanzas; el estupor de los que por casualidad las alcanzan por completo, el golpe mismo que hiere

á los enemigos y á los del complot opuesto, la virtud elástica que saca provecho de las circunstancias para sus manejos, la grande é inesperada satisfacción de estos (y yo era de los que mas satisfechos estaban), la rabia de los otros, su confusión y su despecho por ocultarla. La prontitud de los ojos en ir de una parte á otra sondeando las almas á favor de la confusión y sorpresa y desórden súbito, la combinacion de todo cuanto se observa, la admiracion que causa el no encontrar en algunos lo que se había creído por falta de corazón ó de talento en ellos y hallar estas cualidades en alto grado en otros en quien ni siquiera se habían sospechado, todo este conjunto de objetos vivos y de cosas tan importantes constituyen un placer para el que sabe buscarlo, que por poco duradero que sea, es uno de los mayores de que se puede gozar en una corte.

«Pero el que mas sintió de todos aquel acontecimiento fué Fenelon, prosigue escribiendo Saint-Simon. ¡Qué larga preparacion pudo tener su espíritu para aquella muerte! ¡Aquella proximidad de un triunfo seguro y completo! ¡Qué rayo luminoso vino á atravesar de pronto su morada de tinieblas! Confinado hacia doce años en su diócesis, envejecia este prelado en ella bajo el peso inútil de sus esperanzas, y veía pasarse los años en una uniformidad que no podia menos de desesperarlo. Siempre odiado del rey, delante del cual nadie se atrevía á pronunciar su nombre, aun para las cosas mas pequeñas; mas odiado todavía de Mad. de Maintenon, porque le había perdido... Espuesto mas que ningun otro á los tiros de la cábala que disponia del delfín muerto, no tenia mas apoyo que la inalterable amistad de su discípulo, que á su vez era también víctima de aquella cábala, y que segun el curso ordinario de las cosas, debia serlo por mucho tiempo para que su maestro tuviera la esperanza de sobreponerse á ella... En un abrir y cerrar de ojos el discípulo se hizo delfín, y en otro llegó á una especie de reinado prematuro.»

XI.

Toda la corte pensó en Fenelon con aquel acontecimiento, y su nombre se presentó como un remordimiento ó como una esperanza á todos. Ya se creía verle reinar en un porvenir que una muerte tan repentina é inesperada hacia presentársele á las imaginaciones como cercano. La conducta del rey con su nieto, á quien había tenido hasta entonces en la oscuridad, redobló para unos la inquietud y para otros su esperanza. Una mañana llamó Luis XIV á la gabinete al jóven príncip, cuando estaba reo-

nido el consejo y mandó á los ministros que consultasen con el duque de Borgoña cuando éste los llamase, y que aun sin necesidad de llamamiento que fuesen por sí propios á darle cuenta de los negocios del Estado como al mismo rey. «Fué este, dice el historiador de los *Missterios de palacio*, un golpe mortal para los ministros, casi todos enemigos de Fenelon. ¡Qué caida la suya, añade, tener que consultar con un príncipe cercano al trono, y que mostraba grande disposicion y espíritu justo y elevado, que en cada negocio tomaba el parecer de su conciencia, y que ademas confesaba su alma y su corazón á Fenelon!»

Semejante cambio había sido obra de Mad. de Maintenon, á quien el jóven príncipe, aconsejado por Fenelon, había mostrado cierta deferencia alhagüena para su amor propio, y tranquilizadora para el porvenir; porque despues de la muerte del delfín temia el futuro reinado, y para asegurarse la continuacion de su influencia queria comprar el agradecimiento del sucesor; por consiguiente, al otro dia de los funerales del delfín se hizo del partido que hasta entonces había tenido alejado del favor, y el rey, que solo pensaba por ella, pareció preparar por sí mismo el tránsito desde su tumba al trono de su nieto.

XII.

Fenelon, saliendo de su abatimiento, merced á la mano de la muerte, á quien tomó por la mano de Dios, dirigió á su discípulo palabras de libertad y de gozo, pero severas: «Dios, le escribía, acaba de descargar un gran golpe, pero hasta en las mayores desgracias su mano es misericordiosa. Ese espectáculo doloroso ha sido dado al mundo para probar á los hombres alucinados, que los príncipes á pesar de ser tan grandes en la apariencia son pequeños en realidad. Dichosos los que siempre han mirado su autoridad como un depósito que se les ha confiado solo para el bien de los pueblos! Ya es tiempo de hacerse amar, temer, estimar. Es preciso tratar de agradar cada vez mas al rey, demostrarle una inclinacion sin límites, auxiliarle y evitarle con asiduidad toda molestia; hacerse su consejero y constituirse el padre de los pueblos, el consuelo de los oprimidos, el amparo de los desgraciados, el apoyo de la nacion... Desechar á los aduladores, conocer el mérito, buscarle, adivinarle y saber emplearlo; hacerse superior á todos, puesto que estais mas elevado que ninguno... Es menester desear ser el padre, no el amo, es necesario que todos no sirvan á uno, sino que uno haga la felicidad de todos.»

Estos consejos directos de Fenelon se co-

mentaban con los avisos secretos que hacia al príncipe por medio de sus dos amigos los duques de Beauvilliers y de Chevreuse.

«Que desengañe al público, les escribía Fenelon, acerca de esas pequeñeces de piedad escrupulosa que se le achacan; que consiga mismo sea severo en su interior, pero que no haga temer á la corte una grande reforma de que no es capaz el mundo. No debe decir mas que lo que se pueda hacer; que abandone las puerilidades en religion... Mejor se aprende á gobernar á los hombres estudiándolos á ellos que estudiando en los libros.»

XIII.

El palacio de Fenelon en Cambray, hasta entonces desierto, se hizo el vestibulo del favor; los cortesanos y los ambiciosos, que habían estado alejados doce años de la desgracia de Fenelon como de la peste, acudían á él bajo todos pretextos, y todos querían sacar prenda de crédito futuro. Fenelon recibió á todos con aquella gracia natural que le hacia reinar con anticipacion en los corazones, y puede decirse que ya reinaba en los pensamientos.

Las memorias acerca de las materias de gobierno que por medio del duque de Chevreuse dirigia al delfín, eran una completa constitucion de la monarquía. Sus reformas políticas habían pasado de la poesia á la realidad, pero despojadas ya de las quimeras que las desacreditaban en el *Telémeco*, y llevando impresas el sello de la reflexion y de la práctica. El santo se había convertido en ministro, y el poeta en político. En estas memorias se encuentra cuanto despues se ha hecho para mejorar la suerte de los pueblos:

El servicio militar reducido á cinco años;
Las pensiones de los inválidos señaladas para que las gozasen en sus casas, no para que las malgastasen en la ociosidad del cuartel de inválidos en la capital;
Evitar á toda costa la guerra general contra toda Europa;
Sistema variado de alianzas segun los intereses legitimos de la patria;
Estado regular y público de los ingresos y gastos del pais;
Registro de los impuestos, y la votacion y reparticion de las contribuciones por los representantes de las provincias;
Asambleas provinciales;
Supresion de la herencia en los empleos;
Conversion de los Estados generales del reino en asambleas nacionales;
Despojar á la nobleza de todo privilegio y de toda autoridad feudal, dejándola solo con la ilustracion que pudiera darla el titulo de familia;

Justicia gratuita y no hereditaria;
Libertad de comercio regulada;
Protección á las artes manufactureras;
Montes de piedad y cajas de ahorros;
El territorio francés abierto con ejercicio de todos derechos á los extranjeros que quieran naturalizarse en él;

Las propiedades de la Iglesia aplicadas en beneficio del Estado;

Los obispos y los ministros del culto elegidos por los de su profesion ó por sus feligreses;

Libertad de cultos,

La conciencia de los ciudadanos independiente del poder civil, etc.

Tales eran los proyectos de Fenelon para cuando se le llamase al ministerio. Si el duque de Borgoña hubiese vivido y si Fenelon hubiera conservado sobre él el ascendiente que tantos actos de ausencia no pudieron disminuir, 1789 hubiera comenzado en 1715 y la monarquía reformada hubiese sido la república cristiana con una cabeza.

Pero no es dado á un solo hombre adelantarse á un pueblo, y la Providencia iba á derribar en la tumba prematura del príncipe, las ideas, proyectos, virtudes, sueños, ambicion, esperanzas y vida del filósofo.

XIV.

Sobre la familia real soplabá un viento de muerte; todo iba cayendo con anticipación alrededor de Luis XIV próximo á caer. La duquesa de Borgoña, delicia de la corte y amor de su marido, murió inesperadamente arrastrando á su esposo al sepulcro. El golpe fué tan pronto como terrible, y Fenelon no tuvo tiempo para preparar su corazón sabiendo casi al mismo tiempo la enfermedad y muerte de su discípulo. El discípulo que se había hecho la perspectiva de la Francia que esperaba su reinado como el de la virtud y felicidad pública. Fenelon había corregido y perfeccionado en aquella alma la obra bosquejada por la naturaleza de un príncipe perfecto.

«¿Qué amor por el bien! dice el menos adulator de los historiadores. ¿Qué abnegación, qué intenciones tan puras, qué efectos de la Divinidad en aquella alma cándida, sencilla y fuerte que había conservado sus huellas tanto como es posible conservarlas en la tierra! ¿Con qué naturalidad daba gracias á Dios por haberle preservado del trono y de la responsabilidad que lleva consigo! ¿Qué ardiente amor de Dios! ¿Qué magnífica idea de la infinita misericordia! ¿Qué confianza en Dios, qué dulce paz, qué dulzura! ¿Qué caridad que lo elevaba á Dios...! La Francia cae bajo su último castigo; Dios la mostró un príncipe que

no merecía, la tierra no era digna de él...»

Ahora bien, estas virtudes, esta santidad, estas esperanzas aparentes y perdidas, Fenelon las había formado; el maestro desaparecía con el discípulo; Fenelon moría con el duque de Borgoña.

No pronunció mas que una palabra: «Todos mis lazos se han roto... nada me une ya á la tierra.» Y en efecto, su vida no tenía para adelante ni móvil ni objeto, y el reinado que había soñado para el género humano había sido enterrado con el Germánico de la Francia: «Se ha mostrado al mundo y ha desaparecido» escribía algunas semanas después al duque de Chevreuse, confidente de sus lágrimas: «Estoy horrorizado y enfermo sin tener mas enfermedad que el sobresalto. Al llorar al príncipe muerto, me siento inquieto por los vivos; el rey debería hacer la paz. ¡Si fuésemos á caer en las tempestades de una minoría! Sin una madre, sin regente, con una guerra desastrosa en el exterior y en el interior todo agotado... Daria hasta mi vida no solo por el Estado, sino por los hijos de nuestro querido príncipe, quien ahora vive mas en mí que durante su vida.» Aconsejábale también al duque de Beauvilliers que persuadiese á madama de Maintenon de la necesidad urgente que tenía el rey de formar un consejo de gobierno á cuya cabeza estuviesen sus virtuosos amigos.

«Espero poco, le decía, de esa favorita, llena de visiones, de celos, de pequenezes, de rencillas, enojos y sutilezas mugeriles.» Exhortaba también Fenelon al duque de Chevreuse á que no rehusase por una mal entendida modestia á entrar en el consejo de regencia; y aquel gobierno compuesto de aquellos á quien él había inspirado, hubiera sido el del duque de Borgoña. Fenelon proseguía el sueño de su vida por la felicidad de los pueblos hasta en el sepulcro del príncipe por quien había soñado, y quería hacerle reinar después de su muerte. En medio de este pensamiento, que no abandonó hasta el fin de su vida, temía que el rey descubriese entre los papeles del duque de Borgoña un escrito que hubiera parecido á aquel monarca crimen menos perdonable todavía que el *Telmaco*. Era este libro la *Dirección de la conciencia de un rey*; código de piedad, de tolerancia, de obligaciones para con el pueblo, y que en cada una de sus líneas contenía una acusación contra el egoísmo, contra la intolerancia, contra la gloria onerosa y personal de Luis XIV. Los amigos de Fenelon hicieron desaparecer el manuscrito de entre los papeles del príncipe.

XV.

Pero la muerte de los dos amigos de Fenelon, los duques de Chevreuse y de Beauvilliers,

hizo caer aquella última quimera del bien público; la santa ambicion de su amigo murió con ellos. Fenelon apartó sus miradas de la decadencia y de las calamidades del reinado que terminaba, y se entregó por completo á los pensamientos inmortales. Sus obras y su correspondencia de esta época llevan impresa la melancolía, que en los hombres mundanos es el desfallecimiento de una vida engañada, pero que en los hombres de fé no es mas que quitar las esperanzas de lo terrestre para ponerlas en Dios. Escribió del mismo modo que Sócrates habló en su última hora, sobre la inmortalidad del alma. Quedábale por lo menos la amistad, pero perdió la mejor parte con el abate Langeron, el discípulo, el confidente, el apoyo de su corazón en todas las fases de su vida. El abate Langeron murió en los brazos de su maestro. «Ah no tengo la resistencia que me suponéis, escribía Fenelon á un amigo común que le felicitaba porque su piedad le disminuía el sentimiento de las separaciones humanas: confieso que llorando á mi amigo me he llorado á mí mismo; tengo una especie de languidez interior y no me consuelo sino por el cansancio del dolor. Por lo demás nuestro querido amigo ha muerto previendo su porvenir tan claro y dulcemente que os hubieseis enternecido. Aun cuando sus ideas estaban un poco confusas, todos sus sentimientos eran de esperanza, de paciencia y de abandono en las manos de Dios. Os refiero todo esto para no afligiros con mi tristeza, sin presentaros al mismo tiempo el gozo de la fé en el dolor de que habla San Agustín, y que Dios me ha permitido conocer en esta ocasión. Dios he hecho su voluntad prefiriendo la felicidad de su amigo á lo que era en este mundo mi consuelo. Yo le ofrecía lo que tanto temía perder...»

«Yo que solo vivo de amistad, esclama en otro lado hablando de esta misma pérdida, será la amistad la que me haga morir! Pero pronto encontraremos lo que creemos perdido; ¡algún tiempo mas y ya no tendremos que llorar!»

XVI.

Entróle una calentura cuya causa estaba en el alma, el primer día del año de 1715 y en seis dias consumió la poca vida que los años, el trabajo y el dolor habían reservado en el corazón que tanto había prodigado á los hombres. Murió como santo y como poeta, haciendo que le leyesen en los cánticos sagrados los himnos mas sublimes y dulces que á la vez elevaban su alma y su imaginación al cielo. «Repetidme otra vez ese pasage, decía al lector. Otra vez, otra vez, nunca se oyen de sobra las palabras divinas,» decía cuando el lector

callaba creyendo que se había dormido. Era insaciable de este gusto anticipado de la inmortalidad. «Señor, exclamó una vez, si todavía soy necesario á vuestro pueblo no rehuyo el trabajar, poco me queda de vida: hágase vuestra voluntad.» Estas palabras conmovieron á los concurrentes y el abate de Chanterac su primero y último amigo, le dijo: «Pero por qué nos dejais? ¿Quién nos queda en medio de tanta desolación? Acaso las fieras vengan á devorar vuestro rebaño.» Fenelon solo respondió con una mirada tierna y un suspiro. Al amanecer del siguiente día espiró dulcemente con una resignación parecida al gozo, entre los rezos y la amistad.

El abate Chanterac, como si nada hubiese tenido que hacer en la tierra después de muerto aquel para quien vivía únicamente, murió de dolor después de los funerales de su amigo. Toda Francia llevó en el alma el luto de su poeta y de su santo, y hasta Luis XIV pareció notar al fin, aunque demasiado tarde, que faltaba un alma grande á su imperio y una fuerza á su ancianidad. «Era hombre, exclamó, que hubiera podido ser muy necesario en los desastres que van á caer sobre mi reino.» Vano arrepentimiento póstumo, que solo aprecia al genio que perece y á la virtud que está en el sepulcro!

XVII.

Así vivió y murió Fenelon. Su nombre se ha hecho popular y mas inmortal todavía que sus obras, porque prodigó mas alma que genio en sus obras y en su siglo. Lo que en él agrada es él mismo; su nombre es su inmortalidad. Son los hombres mas justos de lo que se cree en sus retribuciones. Fenelon amó, este fué su genio, fué amado, esta será su gloria. De todos los grandes hombres del siglo de Luis XIV, ninguno ha dejado á la contemplación mision tan dulce: hay ternura en el acento de cualquier hombre que hable de Fenelon. Su poesía encanta nuestra infancia, su religion respira la dulzura del cordero símbolo de Cristo; su misma política solo adolece de los errores é ilusiones del amor engañado; toda su vida es el poema del hombre de bien en lucha con las imposibilidades del tiempo.

De los bienes que meditaba, se dice, ninguno practicó; pero hizo mas: dió la idea de ellos; aplicó en su pensamiento el evangelio á la sociedad, quiso el reinado de Dios sobre la tierra, enseñó á los reyes los derechos sagrados del hombre sobre la tierra, enseñando á los pueblos las obligaciones del ciudadano. Sintió sed de igualdad cristiana, de libertad moderada, de justicia, de moral, de caridad en las relaciones con los gobernantes; fué el tribuno de la virtud, el profeta del mejoramiento

to social. ¿Podrá preguntarse todavía lo que hizo? berramó su alma en el alma de los siglos, dulcificó y cristianó el genio de Francia; podrá ser algunas veces el poeta de las quimeras, pero siempre es el poeta de la caridad. Débele la conciencia una virtud mas, la tolerancia: los tronos una obligacion mas, el amor de los pueblos; las repúblicas una gloria mas, la humanidad. Francia ha tenido genios mas varoniles, pero no ha tenido ninguno tan tierno. Si el genio tuviera sexo, podría decirse que Feneion tuvo la imaginacion de muger para soñar

el cielo y su alma para amar la tierra. Cuando se pronuncia su nombre ó cuando se hojean sus obras todos creen ver su figura; y escuchar la voz de un amigo. ¿Hay alguna gloria que sea mayor en elevacion y solidez á tanto amor?

Si se quisiera hacer su epitafio podrían grabarse en él estas palabras: Hombres tuvo la Francia que la hicieron mas temida ó mas brillante; pero ninguno la hizo tan amada de las naciones

SÓCRATES.

veinte años el corazon no brota mas que himnos; esta edad teniamos cuando escribimos la muerte de Sócrates.

I.

Todo el mundo conoce este nombre, sinónimo de sabiduria; pocos son los que conocen su doctrina; pero nadie conoce su vida, y sí solo sus conversaciones y su muerte.

Sócrates no es un profeta, no es un revelador, ni es el fundador de una religion ó de una secta; no habla á los hombres en nombre de Dios, no les impone ninguna fé, no se envuelve entre los misterios, no promulga oráculos, no hace prodigios: es un hombre, tiene de este hasta sus debilidades y sus dudas. Pero vive bien, habla bien y muere bien; es decir, que cumplió simplemente en toda su humildad y en toda su grandeza, la mision que la Providencia impone á los hombres de la tierra, la de pensar con justicia, vivir honradamente, y morir con esperanza.

Este es Sócrates, la encarnacion mas pura del buen sentido y de la filosofia práctica que la Grecia, su patria, demostró á la antigüedad.

I.

Pocas cosas diremos de su vida, porque para él, vivir fué pensar. Nosotros referiremos aqui sobre todo su muerte, el acto mas hermoso de esta vida; y la referiremos con el lenguaje que debe eternizar las cosas eternas, es decir, con el lenguaje de la poesia. Nuestros lectores encontrarán acaso, cierto deleite imprevisto; pero permitido á la avidez de nuestras relaciones en prosa, en este canto épico y filológico compuesto por nosotros, en una edad en que el hombre canta antes de raciocinar. A los

III.

Sócrates era de Atenas, capital política, letrada, artistica de aquella Grecia que era entonces sobre todo la capital del espíritu humano. Sócrates era hijo de un pobre escultor, y de una matrona. Se asegura que estas dos profesiones que procuraban el sustento á su familia, le dieron, con las primeras impresiones de su infancia, las primeras vocaciones de su genio: como su padre el escultor, adoraba la belleza, la buscaba y la reproducia en el alma, como el artista la reproducia en la piedra; como su madre ayudaba al hombre á salir á la luz, y le alimentaba con la verdad.

El joven Sócrates tuvo mas trabajo y mas mérito que otro hombre cualquiera, en el mero hecho de esculpir y pulimentar en sí mismo este modelo de la belleza intelectual, que fué la pasion y el trabajo de su vida. La naturaleza no le dió al formarle ninguno de aquellos nobles atractivos corporales de que generalmente están dotados aquellos favoritos de la Providencia, que llevan en sus facciones los signos exteriores de aquella belleza y de aquella virtud que revelan su alma al través del velo de los sentidos. Era pequeño de estatura, de hombros altos y anchos, como los de un hombre destinado para cargar con los trozos de mármol en el taller de su padre; el cuello era ancho y corto, la cabeza redonda y no en forma ovalada, la boca hundida para reir, los labios gruesos para la sensualidad, la nariz informe y levantada de Sileno, los ojos alegres, la frente ruda, prominente. Esta fisonomia,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA